

RESUMEN CRONOLÓGICO.

ADMINISTRACION DEL IMPERIO. — ACONTECIMIENTOS DE BAYONA.

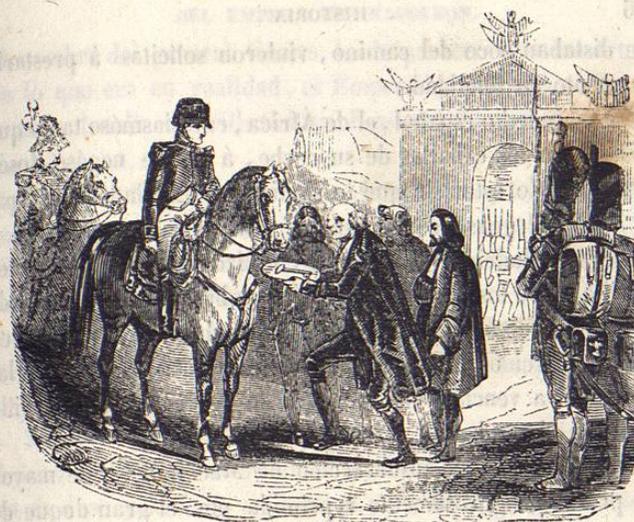
1807.

- 12 de agosto. Casamiento de Gerónimo Napoleón con la princesa Catalina de Wurtemberg.
 19. — Supresión del tribunalado.
 2 de setiembre. Bombardeo de Copenhague.
 2 de octubre. El embajador de Francia sale de Lisboa.
 18. — Entrada de la división de Junot (ejército de Portugal) en España.
 30. — Arresto del príncipe de Asturias, Fernando, acusado de conspiración contra su padre.
 5 de noviembre. Su padre le perdona y le manda poner en libertad.
 — Instalación del tribunal de cuentas.
 16. — Partida de Napoleón para Italia.
 17 de diciembre. Decreto de Milán, que declara la aprensión de todo buque neutral, cogido con pabellón inglés.

1808.

- 1.º de enero. Regreso de Napoleón á París.
 — Se pone en ejecución el código de comercio.
 16. — Confirmación de los estatutos del Binco.

- 30 de enero. Entrada en Vizcaya de la división Mouncey.
 2 de febrero. Entrada de la división de Dubesme en Cataluña.
 17. — Sorpresa de la ciudadela de Pamplona.
 29. — Sorpresa de la ciudadela de Barcelona.
 — Ocupación de Figueras.
 — Ocupación de San Sebastián.
 13 de marzo. Sedición de Aranjuez.
 — Abdicación de Carlos IV.
 21. — Protesta de Carlos IV contra su abdicación.
 23. — Entrada del gran duque de Berg en Madrid.
 10 de abril. Salida de Fernando VII de Madrid.
 14. — Llegada de Napoleón á Bayona.
 20. — Llegada de Fernando á Bayona.
 2 de mayo. Insurrección de Madrid.
 5. — Renuncia de Carlos IV á la corona de España.
 6 de Junio. Renuncia de Fernando VII y de los Infantes.
 — José Napoleón es proclamado rey de España é Indias.
 15. — Apertura de la junta de Bayona.
 28. — Primer sitio de Zaragoza.
 7 de Julio. Los miembros de la asamblea de Bayona prestan juramento á José y á la constitución.



Entrada del Emperador en Madrid.

GUERRA DE ESPAÑA.

Dos días después de haber recibido el juramento de sus nuevos vasallos, José Napoleón púsose en camino para tomar posesión de sus estados. Antes de salir de Bayona, habíanse formado su ministerio y su casa de los ministros de Carlos IV, de Fernando VII y de los grandes oficiales de la casa de Carlos IV: todos solicitaron con empeño esta honra, todos prometieron fidelidad al hermano de Napoleón.

El 24 de junio, el marqués de la Romana, jefe de la división española que estaba acantonada en las orillas del Báltico, habíale ya enviado el proceso verbal del juramento prestado por toda su división, desde el general en jefe hasta el último soldado.

El primer acto de soberanía que ejerció José al entrar en el territorio español, fué de clemencia; pues perdonó á los habitantes de Santander, que acababan de insurreccionarse contra las tropas francesas, y que por consiguiente debían sufrir el rigor de una comisión militar.

En su viage de Irun á Madrid, recibió tantas demostraciones de adhesión, cuantas durante su permanencia en Bayona. Todas las ciudades que se hallaban en su tránsito, todas las

que distaban poco del camino, vinieron solícitas á prestarle juramento de fidelidad.

Un regimiento español, el de África, entusiasmóse tanto que quiso quitar los caballos de su coche, á lo que negóse José, pero no pudo estorbar que le siguiesen los soldados por espacio de tres leguas acompañándole con sus aclamaciones.

Llegó á Madrid el 20 de julio, é hizo su entrada en aquella villa entre los *vivas* de la muchedumbre. El espectáculo de las corridas de toros dadas gratis á la poblacion, socorros en dinero esparcidos entre las clases menesterosas, el pago de las pensiones ya vencidas hicieron que en pocos dias toda la villa bendijese el nombre de Napoleon.

Sin embargo, á la insurreccion de Madrid del 2 de mayo, tan pronta y rigurosamente reprimida por el gran duque de Berg, siguiéronse en todas las provincias insurrecciones parciales, escitadas á la vez por el santo amor á la patria y por el horrible fanatismo religioso. En todos los puntos de España no ocupados por las tropas francesas, habíanse formado juntas, á quienes la Inglaterra enviaba sus emisarios, que contribuyeron á estraviar la poblacion de sus verdaderos intereses. Con todo, por grande que fuese la violencia de los que se apoderaron del gobierno popular ya desde el principio, aquellas insurrecciones nada ofrecian que debiese hacer temblar al gobierno futuro de José, pues que las clases media y alta todavia no tomáran partido en ellas.

Mientras el rey viajaba hácia Madrid, el mariscal Bessieres, en Medina de Río-Seco, con catorce mil hombres batia un atropamiento rebelde, al cual algunos regimientos de wálones y españoles hacian se le llamase ejército y que concibiera la loca esperanza de impedir á José la entrada en la capital de España. Tras un combate de seis horas, este ejército fuerte de cuarenta y cinco mil hombres fué completamente destruido por los catorce mil franceses. Los curas de las vecinas parroquias certificaron al mariscal Bessieres que habian enterrado mas de veinte y siete mil cadáveres españoles, al paso que la pérdida de los franceses no pasó de tres mil hombres muertos ó heridos.

Al recibir la noticia de esta victoria, muy gloriosa respecto del corto número de franceses que habian peleado, pero que

el nombre del general Cuesta hacia parecer mas importante de lo que era en realidad, el Emperador exclamó: «Es una «nueva batalla de Villaviciosa. Bessieres ha sentado á José «en el trono.»

Llegado á Madrid, José fué proclamado rey de las Españas, insiguiendo el ceremonial usado en semejante circunstancia, y recibió los juramentos de todos los cuerpos del estado. Solo el consejo de Castilla, que habia sido el primero en pedirle por soberano, retardando en prestarle el homenaje de su fidelidad, parecia que intentaba ser el último en reconocerle por rey.

Ya todas las potencias de Europa, escepto la Inglaterra, habian efectuado este reconocimiento, y sus embajadores cerca de José estaban ya en camino para Madrid ó habian llegado á esa capital.

Toda la nobleza que no se hallaba en Bayona, los grandes de España, los condes, los vizcondes, los barones, los caballeros de las órdenes militares, prestaron sin vacilar el juramento, y todavia el consejo de Castilla tardaba en dar esta última señal de sumision. Pronto se supo la causa de este retardo: el presidente del consejo sabia que se operaba un movimiento militar en Andalucía, y queria aguardar su resultado para decidirse. El resultado, desfavorable á los franceses, fué la capitulacion de Bailen.

Al llegar á Madrid esta noticia, interrumpiéronse los juramentos de fidelidad; la mayor parte de los grandes señores, que tan solícitos anduvieran en dar pruebas repetidas de adhesion á un rey que pensaban debia reinar para siempre en España, abandonaron su corte sobre la marcha, y sin despedirse siquiera de él. En la ventaja obtenida por el general Castaños creyeron ver el vuelco del poder de Napoleon, y no quisieron ya someterse á un dominio que tan vacilante les parecia.

Sin embargo, cuando á consecuencia de este acontecimiento retiróse José á Vitoria, siguiéronle todavia muchos españoles, conocidos por sus talentos y por su nacimiento, que no pensaron pudiese un juramento romperse sin felonía, cuando se prestára sin violencia.

Después de la capitulación de Bailen, el orgullo nacional, escaldado por la victoria de Castaños, concibió la esperanza de resistir á Napoleón, y aceptó el apoyo ofrecido por la Inglaterra. Llegó á hacerse popular la relación de los acontecimientos de Bayona, presentados como una traición en un folleto impreso, de D. Pedro Cevallos, el mismo de quien citamos una carta confidencial; su lectura puso el colmo á la indignación nacional, y desde entonces el pueblo español estuvo dividido en dos partidos, el de la guerra y el de la paz. El primero separóse de José después de haberle jurado fidelidad: el segundo permaneció fiel á su juramento, convencido por otra parte de que un solo triunfo no bastaba para detener la marcha conquistadora de Napoleón, y que la España, bajo el reinado de un príncipe francés, no podía sino ganar en industria, comercio, agricultura é instrucción general.

Con la victoria de Bailen cobró fuerza y vida la insurrección española; con todo sería un error creer que bastó la resistencia popular para echar á los franceses de la Península. Apesar del auxilio de los soldados de Inglaterra, apesar de las escandalosas disensiones de algunos generales franceses, socorro inesperado para el enemigo, el gobierno insurreccional hubiera en fin visto á José solidado en su trono y pacificada la España (1), sin los desastres de la campaña de Rusia, que, obligando á Napoleón á llamar de la Península todos los soldados aguerridos, debilitaron de tal manera el ejército francés, que la ocupación de España hizo imposible para el corto número de valientes que en ella quedaban. La caída de Napoleón, y no la resistencia de los españoles, fué la que restituyó la corona á Fernando, y esa resistencia, por mas que se haya dicho, solo pudo contribuir de un modo muy secundario al gran acontecimiento que cambió la faz del mundo. Eran precisos la conjuración de los elementos, los hielos de la Rusia, y las armas de la Europa entera para derribar el coloso imperial. Entonces únicamente, libres ya del peso de este, la España que habia peleado, la Holanda y la Italia que

(1) El ejército español en 1813, aun después de la victoria de Arapiles, mantenía relaciones parlamentarias para someterse al rey José.

se sometieran sin pelear, recobraron una independencia que hasta ahora no parece haberles acarreado ni el bien estar ni la libertad. (1)

Antes de salir de Bayona, el Emperador dió á su cuñado Murat, gran duque de Berg, el trono de Nápoles que quedó

(1) Los españoles que reconocieron la nueva dinastía querían librar á su patria de las desgracias de la guerra y de los estragos de la invasión, al paso que procuraban conservar la integridad del territorio nacional. La fidelidad que manifestaron á José quedó además justificada con la conducta de este monarca. Se ha elogiado, y con razón, al rey Luis Napoleón, por haber abrazado y sostenido con energía, siendo soberano de Holanda, los intereses de su reino. Igualmente merece José. Siendo rey de España hizo-se también español. Habíase rodeado de sus nuevos súbditos; y su corte, excepto algunos generales franceses adictos tiempo hacia á su persona, solo se componía de españoles. Los grandes oficiales de la corona, los primeros oficiales de su palacio, excepto los generales que dejamos indicados, habían sido escogidos de las mas ilustres familias de España. No queriendo en nada variar la suerte de los españoles adictos á los dos reyes predecesores suyos, admitió en su casa á todos los que le ofrecieron sus servicios; y hasta sus pajes, que por sus particulares funciones estaban mas cerca de su persona, eran españoles todos menos uno solo.

Su guardia, como la de los reyes Carlos IV y Fernando VII, componíase de regimientos españoles y regimientos extranjeros.

Durante su reinado, ningún francés se vió revestido con las importantes funciones del ministerio, que fueron esclusivamente reservadas para los españoles. Solo españoles ocupaban todos los tribunales, todas las municipalidades, todos los establecimientos civiles, el consejo de estado y las juntas de comercio; de modo que los franceses únicamente tenían las dignidades militares, en que no obstante notábanse aun bastantes españoles.

El rey José, en todas circunstancias manifestóse pronto á defender la independencia é integridad de su reino. Apenas sentado en el trono, reconoció que los intereses de la España reclamaban una paz marítima, y pidió á Napoleón (y es verdad que fué en vano) la autorización de conservar la neutralidad con la Gran Bretaña: cuando en seguida, por un decreto imperial, se establecieron distritos militares en España, dirigió á su hermano las mas vivas reclamaciones; en fin, cuando en 1811, vió que los generales de Napoleón trataban sus estados como un país conquistado, y que sus ministros franceses imitaban su ejemplo apoderándose de la administración de las provincias entre el Ebro y los Pirineos por medio del nombramiento de intendentes civiles, sus representaciones casi llegaron á ser amenazadoras. El mismo año, viendo que, sin hacer caso del decreto imperial que le colocara en el trono de España, agitábase en el gabinete del Emperador la cuestión de agregar al territorio francés las provincias de Vizcaya, Navarra, Aragon y Cataluña, José sin vacilar dejó su capital, llegó á Paris so pretexto de asi-

vacante por haber aceptado José la corona de España.

En Burdeos, regresando á Paris, fué donde Napoleon supo la capitulacion de Bailen, que le affligió é indignó profunda-

mente. Comprendió que aquel acontecimiento escigiria la retirada de todas las tropas francesas sobre el Ebro (al mismo tiempo, el ejército de Portugal, tras una honrosa capitulacion en Cintra, volvió á entrar en Francia en barcos ingleses), y resolvió ir en persona á España á ponerse al frente de sus ejércitos y á someter la Península.

Pero antes de retroceder hácia el mediodia, pasó á Erfurth, donde se le reunió Alejandro. Allí, en los francos desahogos y confianzas de conferencias íntimas, los dos emperadores estrecharon mas los vínculos de amistad y de política que unian la Francia y la Rusia. El autócrata ruso vanagloriábase entonces del afecto que Napoleon le manifestaba. En una representacion del Edipo, cuando Filoctetes, hablando de Hércules, dice

La amistad de un grande hombre es un favor de los dioses,

Alejandro, apretando arduosamente la mano al Emperador de los franceses, exclamó con efusion: *Lo experimento todos los dias*. Estas palabras oidas de todos los espectadores, pronto resonaron por toda la Europa; pero desgraciadamente no eran mas que reales palabras.

Hiciera el Austria preparativos militares, que poco cuidado dieron al Emperador; pues sabia que tenia tiempo para dar un golpe decisivo á la España antes de verse precisado á ir á vencer de nuevo bajo los muros de Viena. Ademas con su extraordinaria prevision aumentára ya el ejército, de modo que se hallaba pronto á hacer frente al enemigo, en España y Alemania á un mismo tiempo.

Ya la vanguardia del grande ejército debia de haber llegado á la Península; y Napoleon, al pasarla en revista en Paris, antes de su viage á Erfurth, dirigiérale una de aquellas proclamas, cuyo efecto era tan seguro y duradero:

da; sin embargo encontró medio de socorrer á los pobres de Madrid, reduciendo á lo mas estrictamente necesario los gastos de su casa. Finalmente: mientras duró el hambre, hízose servir en la mesa un pan negro y grosero, queriendo, segun decia, comer el pan de los pobres, y añadia sonriendo, *Pan de soldado, pan de rey*.

Regresó José á Madrid y volvió á defender valerosamente á sus súbditos españoles contra las vejaciones de los generales franceses: pero viendo que la desobediencia de estos hacia inútiles sus esfuerzos, envió á Paris su secretario íntimo, con una carta para Napoleon, que, interceptada en la toma del convoy en el desfiladero de las salinas, fué publicada en Cadiz en 1812 en la *Gaceta de la Regencia*. El siguiente pasaje dará á conocer los nobles sentimientos que entonces animaban á José: « Señor, escribia al Emperador, « los acontecimientos han burlado mis esperanzas; no he hecho bien alguno, « ni tengo esperanza de hacerlo: suplico pues á V. M. me permita deponer « en sus manos los derechos que hace cuatro años se dignó transferirme sobre « la corona de España. Al aceptarla, fué mi único objeto labrar la felicidad « de esta monarquía; y esto no está en mi mano. » Cuando el rey José firmaba esta honrosa renuncia á la corona (23 de marzo de 1812), un numeroso y triunfante ejército ocupaba la Península, la campaña de Rusia no habia aun conmovido el trono de Napoleon, y la batalla de Arapiles no diera todavía principio en España á los desastres de los franceses.

Todos los que han tratado á José de cerca pueden dar testimonio de su bondad, de su dulzura, de su afabilidad, y de la igualdad de su carácter en medio de los mas diversos acontecimientos. En su prosperidad veíasele procurando derramar su fortuna entre todos los que le rodeaban; y en su desgracia, ocupándose menos de sí mismo que de aquellos á quienes ella arrastraba consigo.

Era valiente en los combates: el dia de la segunda accion de los Arapiles, (noviembre de 1812), yo le ví permanecer mucho tiempo bajo el fuego de una batería enemiga dando órdenes con calma. En la desgraciada batalla de Vitoria, una bala mató á su lado un oficial de estado mayor, ¡tanto se adelantára en medio de los enemigos!

Su clemencia corria parejas con su humanidad: en la batalla de Ocaña, viósele recorrer las filas francesas, y encomendar á los soldados consideracion para con los vencidos. Despues de la accion, concedió la vida á una multitud de soldados españoles que, despues de haberle prestado juramento de fidelidad, fueron cogidos con las armas en la mano, peleando contra él.

Cuando la gran hambre desde 1811 hasta 1812, estaba apurada la hacien-

« Soldados, despues de haber triunfado en las orillas del Danubio y del Vístula, habeis atravesado la Alemania á marchas forzadas; ahora os hago cruzar la Francia sin daros un instante de descanso. Soldados, necesito de vosotros! La odiosa presencia del leopardo mancha el continente de España y Portugal; haced que huya espantado ante vuestras águilas triunfantes, hasta mas allá de las columnas de Hércules; que allí tambien tenemos ultrages que vengar.

« Soldados, habeis sobrepujado la fama de los modernos ejércitos, y os habeis igualado en gloria á los de Roma, que, en una misma campaña, triunfaron sobre el Rhin y sobre el Éufrates, en Iliria y sobre el Tajo. Una larga paz, una durable prosperidad serán el precio de vuestros trabajos. Un verdadero francés ni puede ni debe tomar reposo hasta que queden libres y abiertos los mares. Soldados, todo lo que habeis hecho, todo lo que hareis aun para el bienestar del pueblo francés y para mi gloria, quedará eternamente grabado en mi corazon. »

Separáronse los dos emperadores despues de haberse renovado la protesta de su mútua amistad, y Napoleon regresó á Paris.

Saliendo muy poco despues de la capital, llegó al ejército de España, á primeros de noviembre. Las tropas españolas estaban divididas en tres ejércitos principales: el del centro (*ejército de Estremadura*), fuerte de veinte mil hombres, ocupaba Burgos. Napoleon se dirigió á esta ciudad con la caballería mandada por el mariscal Bessieres, duque de Istria, y el segundo cuerpo á las órdenes del mariscal Soult, duque de Dalmacia.

El 10 de noviembre, al despuntar el dia, la division Mouton (del cuerpo de Soult) fué saludada y recibida, en Gamonal, con una descarga de treinta piezas de artillería, y al punto atacó al enemigo. Al primer choque, quedaron derrotadas las guardias walonas y españolas, mientras el mariscal Bessieres, envolviendo con su caballería las dos alas del ejército enemigo, acuchilló muchos batallones, de modo que fué

completa la derrota de los españoles. Echaron á huir por todas direcciones dejando tres mil muertos sobre el campo de batalla, y en nuestro poder tres mil prisioneros, veinte y cinco cañones y doce banderas. Las tropas francesas entraron en Burgos mezcladas y revueltas con los fugitivos.

Mientras el ejército del centro era asi vencido y dispersado en las llanuras de Burgos, el de la izquierda (*ejército de Galicia*) era igualmente atacado y batido en Espinosa.

Este ejército, en el cual se hallaba la division del marques de la Romana, quien con el socorro de los ingleses, y faltando á su palabra de honor y á su juramento, se escapó de Copenhague, era fuerte de cuarenta y cinco mil hombres y mandábalo el general Blacke. Al principio maniobrara sobre la derecha del ejército francés, para cortarle sus comunicaciones con Vizcaya; pero arrollado por el mariscal Lefebvre, duque de Dantzick, en Guemez y Valmaseda, fué rechazado, combatiendo continuamente de garganta en garganta, de posicion en posicion, hasta Espinosa, punto de interseccion de los tres caminos de Santander, de Reinosa y de Villarcayo, donde estaban sus parques, sus hospitales y almacenes: allí, para cubrir su retirada, tomó posicion. La línea española coronaba las montañas frente de Espinosa, apoyada su derecha en unos derrumbaderos, cubriendo su izquierda á Santander, y defendido el centro por una escarpada colina, erizada de artillería.

El mariscal Victor, duque de Belluno, que habia seguido y hostigado al general Blacke en su precipitada retirada, llegó el 10 de noviembre á las tres de la tarde, delante de las posiciones enemigas, y las atacó sin demora. El general Pacthod, con dos regimientos, marchó á la colina fortificada. Dificil era el acercarse á ella ya por su aspereza, ya porque la defendian los mejores soldados del ejército español, los del marques de la Romana: pero los franceses treparon por tan escarpado terreno, arma al brazo, aunque bajo el fuego de la metralla; y tras dos horas de obstinado combate, la colina fué tomada, y sus defensores tumbados á los precipicios que les rodeaban, de modo que quedaron destruidos los regimientos de *Zamora* y de *la Princesa*. Conociendo el enemigo la im-